



LO QUE LA BIBLIA ENSEÑA SOBRE DIOS

JACK P. LEWIS

No es el propósito de esta Lectura argumentar que Dios existe porque “Dice el necio en su corazón: No hay Dios” (Sal.14:1; 53:1). Comenzando con la creencia devota que Dios existe y que Él es el galardonador de los que le buscan (Heb.11:6) ¿Cómo debiéramos pensar de Él? Pocas cosas son más determinantes en el comportamiento del hombre que el concepto que tiene de su Dios. Creyendo que Dios no haría ni bien ni mal, algunos Israelitas hicieron lo que les agrado (Zac.1:12; cf. Mal.2:17).

Los Griegos describieron a sus dioses como pendencieros, deshonestos y adúlteros como ellos mismos eran. Los salvajes adoraban a los espíritus caprichosos, por lo tanto, el apaciguamiento de dioses airados fue su principal preocupación.

Aunque no niego el valor de filosofar, no es en términos hipotéticos, esotéricos o filosóficos que deseo llamar su atención con referencia a los atributos de Dios. Estoy interesado sobre lo que estos atributos debieran significar para el hombre que vive en

el último tercio del siglo Veinte. La teología “Dios está Muerto” solo ha podido estar de moda porque Dios ha dejado de tener sentido para las personas y porque ellos conducen sus vidas como si Él no existiera.

DIOS ES UN SER PERSONAL

Primeramente, nos enfrentamos con la cuestión de como hablar de Dios. Frecuentemente se ha hablado de Dios como “La Causa Última”, como “El principal Impulsor que no se mueve”, como “La Preocupación Última” – cada una de las cuales es un esfuerzo para alejar a Dios de nuestros intereses cotidianos. Difícilmente uno pudiera dirigirse en oración a “Nuestra querida Última Preocupación”. Usted puede solamente comunicarse con un hombre cuando usted habla en conceptos que están dentro del marco de su propia experiencia. Una vez que uno va más allá de sus experiencias y las analogías que uno hace con esa experiencia, solo logrará desconcertarse. Nos relacionamos con las personas. Para que los hombres oren a Dios,

para que lo adoren, Dios debe ser concebido y descrito en términos estrictamente personales. Es aquí donde el Dios de Israel difiere principalmente del Dios de la profecía hipotética. El Dios de Israel es una persona poderosa que entra en relaciones personales con Su pueblo. Es descrito con abundantes antropomorfismos. La Biblia habla de su rostro, ojos, oídos y manos. Él habla, observa, llama y camina. La Biblia tampoco rehúye los antropopatismos. Se le atribuye toda la gama de emociones humanas. Dios se arrepiente (Gén.6:6), Él es celoso (Exo.20:5), Él está irritado y enojado (Deut.9:8), Él ama y odia, y se regocija (Sof.3:17).

Dios es un artesano que hizo el universo, pero a diferencia de otros artesanos, Su poder es ilimitado. Por su palabra, hizo que el mundo existiera. Todo el universo es la manifestación de su personalidad (Sal.19:1; 29:1). Además, con la finalización de la creación, no se ha retirado porque es el Señor de la historia cuyo propósito se cumplirá. El puede predecir todo lo que sucederá (Isa.34:12; 45:21; 46:9; 48:3, 16). Él controla las fuerzas de la naturaleza. Él no está atado por las limitaciones conocidas al hombre: Las limitaciones del tiempo, el espacio o las habilidades. No es víctima de sus propios mecanismos, de modo que lo que Él esté atado por el destino o por las leyes que ha creado. Hace promesas que cumplirá. Hace pactos y los cumple. Él mismo se ha dado a conocer por medio de sus profetas. Él es quien escucha la oración.

Dos elementos especiales subrayan la personalidad de Dios. Primero, el hombre está hecho a imagen de Dios. Dios *no* es como el hombre, pero el hombre *es* como Dios. Cualquiera que sea la importancia total de este concepto, al menos en algunos de los rasgos del hombre se reflejan algunos de los rasgos de Dios. Uno no debe maldecir ni asesinar a un hombre porque él está hecho a imagen de

Dios. Por muy desfigurada que pueda llegar a ser esa imagen a causa del pecado, el hombre puede renovarse en ella. Segundo, Jesús es el principal representante de Dios. Cuando Felipe dijo, “muéstranos el Padre, y nos basta”, Jesús respondió, “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn.14:9). ¿Cómo es Dios? Él es como Jesús y Jesús es como a Dios. Jesús refleja la gloria de Dios y lleva la misma esencia de Su naturaleza (Heb.1:3). No tenemos un conocimiento autentico de Dios excepto en Cristo debido a que agradó a Dios llevar a cabo Su revelación por medio de Él.

Somos ampliamente advertidos contra el tomar literalmente las comparaciones que son hechas para describir a Dios. Dios no es un género de una especie. Él es completamente diferente a cualquier otro. Aunque hablamos de Él como un hombre, Él no es un hombre (Ose.11:9). Pablo señaló el error de los Gentiles quienes cambiaron la gloria del Dios incorruptible a la semejanza de una criatura corruptible (Rom.1:29). Dios no puede ser visto con los ojos humanos y no puede ser representado por medio de imágenes grabadas porque Él no como la imagen. Isaías preguntó, “¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?” (Isa: 40:18; cf. versículo 25; 46:5). Debemos usar imágenes del lenguaje para hablar de Dios, sin embargo, las imágenes son inadecuadas para Su totalidad. Ellas son únicamente “los bordes de sus caminos” (Job 26:14).

En muchos momentos de la historia, incluyendo el nuestro, el hombre ha tratado de expresar la idea de Dios en términos diferentes a los Bíblicos. Filón de Alejandría en el Primer siglo intentó una síntesis entre el pensamiento Griego y Judío. Justino Mártir y otros apologistas Cristianos del Segundo siglo intentaron volver el mensaje de Cristo aceptable al Imperio Romano; pero desde nuestro punto de vista podemos ver que, al cambiar la terminología y las imágenes, ellos

también cambiaron el concepto. El Dios de Filón y Justino es diferente del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Si bien las imágenes Bíblicas pueden tener limitaciones en la comunicación, es una pregunta válida si las ideas allí expresadas pueden comunicarse satisfactoriamente de alguna otra manera.

Todos los esfuerzos para marcar una distinción entre los atributos del Dios del Antiguo Testamento y el Dios del Nuevo Testamento están fundamentados en el error. Marción en el Segundo siglo en su volumen *El Antítesis*, intentó convencer a la Iglesia que había dos Dioses, uno de la ira y el otro del amor.

En el Segundo siglo muchos discípulos de Marción aparecieron enfatizando lo mismo. Pero el Dios que Jesús representó y aquel que Pablo predicó fue el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. El Dios de los pactos, de la ley, y de los profetas continúa actuando como siempre Él ha actuado. Él puede variar en Sus métodos (Isa.28:25) pero ningún atributo esencialmente diferente es atribuido a Dios en el Nuevo Testamento de aquellos manifestados en el Antiguo Testamento. El Dios del Nuevo Testamento es el único Dios inmutable quien ahora ha llevado a cabo Sus planes para la salvación humana.

De muchas imágenes posibles para Dios – todas las cuales enfatizan Su personalidad– deseo llamar la atención a únicamente cuatro de ellas.

PRIMERO, DIOS ES UN REY

Dios es representado en el Antiguo Testamento como un gran rey sentado sobre Su trono, rodeado por Su corte, y empuñando Su cetro, el símbolo de Su gobierno. Es en este papel que Isaías le contempla (Isa.6) y en el que Él es presentado en las visiones del libro de Apocalipsis (Apoc.4:1 y siguientes). Él es el

Rey de gloria (Sal.24:7 y siguientes). Él es el rey sobre el universo (Sal.27:6-8); reyes terrenales, sus vasallos, reinan sobre su permiso (Sal.89:27; Dan.4:17; Rom.13:1); sin embargo, no todo el mundo reconoce su soberanía. No obstante, él es el rey eterno (Jer.10:10; 1 Tim.1:17).

Por razones de sí mismo, el rey del universo ha establecido una relación especial con Israel de manera que al menos nominalmente (Isa.41:21; 43:15; 44:6; 52:7) Él es su rey y ellos son su pueblo elegido. La petición por la monarquía es considerada un rechazo del reinado de Dios: “porque no te han rechazado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Sam.8:7; Jue.8:23). Es particularmente en el libro de los Salmos que se encuentra el reinado de Dios. “Rey mío y Dios mío” dice el Salmista (Sal.5:2; 44:4; 74:12; 84:3). “Y se sienta Jehová como rey para siempre” (Sal.29:10); “Jehová reina; regocíjese la tierra” (Sal.97:1).

En esta figura nos encontramos con el pensamiento de la voluntad soberana – El gobierno absoluto de Dios – que debe cumplirse. Él es nuestro rey – nosotros somos sus siervos (Sal.113:1). Él no es un ser áspero, cruel o impredecible. Él reina con justicia. La voluntad del rey debe ser obedecida. Como sus súbditos, debemos mostrar la correcta reverencia y esto es mostrado en la obediencia.

Los escritores del Antiguo Testamento dan cuenta del hecho que el gobierno de Dios no es universalmente reconocido, y Zacarías habla del día en el que “Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre” (Zac.14:9). Estas ideas se basan en el concepto del reino de Dios. Pablo puede hablar de un tiempo en el que todos los enemigos son derribados, el reino se entrega ante Dios, el Hijo se somete para que Dios sea todos (1 Cor.15:28).

SEGUNDO, DIOS ES UN PADRE

La imagen de Dios como un padre de Su pueblo encuentra su origen en el Antiguo Testamento (Sal.89:26; Isa.63:16; 64:8; 2 Sam. 7:14; 1 Cor.29:10). El Salmista nos recuerda: “Como el padre se compadece de sus hijos, Se compadece Jehová de los que le temen” (Sal.103:13; cf. Isa.64:8; Mal.1:6). Oseas es más gráfico al describir como Dios llamó a su hijo de Egipto quien se había revelado contra él: “Yo con todo eso enseñaba a andar al mismo Efraín, tomándole de los brazos; y no conocí que yo le cuidaba... ¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? (Ose.11;3, 8).

¿Puede alguna persona que haya tomado a un niño pequeño y haya guiado sus primeros pasos alguna vez sacar a ese niño de su corazón? Podría traer reproche a tu nombre. Podría producirte tus canas con dolor hasta la tumba, pero no podrás olvidarlo. Esa es la actitud de Dios hacia Su pueblo, como Jesús lo comunicó tan gráficamente en la parábola del hijo pródigo.

Si bien principalmente es la bondad de Dios lo que se recuerda en la imagen del padre – Él da buenas dadas a sus hijos (Mateo 7:11) – no es el padre excesivamente indulgente el que está en este concepto. El padre que ama a su hijo lo disciplina. El Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo (Heb.12:6).

Como un Padre, Dios es accesible. Los hombres algunas veces enfatizan lo que ellos creen es mantener la distancia necesaria entre el adorador y Su Dios como la esencia de la reverencia. Pero sería interesante escuchar esta actitud dar una exégesis completa del nombre “Abba”. Abba es la forma Aramea familiar en la que un hijo se dirige a su padre. Todavía se escucha en las calles de Jerusalén cuando un niño llama a su padre “Abba, Abba”. Dios “envió a vuestros corazones el

Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (Gál.4:6; cf. Mark.14:36; Rom.8:15).

Sin embargo, existe un sentido, en el que no todos los hombres son hijos de Dios. A los judíos incrédulos en el tiempo de Jesús se les dijo: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Jn.8:44). No son los hijos de carne los que son hijos de Dios (Rom.9:8). Los que son conducidos por el espíritu de Dios son los hijos de Dios (Rom.8:14; Gál.4:5; Efe.1:5).

TERCERO, DIOS ES UN MARIDO

Dios es el marido e Israel es su esposa, a quien le ha proporcionado todas las cosas – alimento, ropa, joyas, refugio y ternura – que el esposo amoroso hace por su esposa. (cf. Isa.54:1; 62:5; Jer.31:32; Ezeq.16:8). Ningún profeta expone profundamente las profundidades del significado de esta imagen como Oseas en su relación con la esposa infiel Gomer quien es ordenado amarla. (Ose.1-3). Esta imagen es adaptada en el Nuevo Testamento de modo que Cristo es el esposo y la Iglesia es la esposa (Efe.5:2 y siguientes).

CUARTO, DIOS ES UN JUEZ

Dios es el juez supremo que pasa sentencia sobre los hombres (Gén.18:25; Isa.33:22; Stg.4:12), sobre toda la tierra (Sal.94:2; Hech.10:42; Rom.3:6) y sobre las naciones (Isa.2:4). Esta figura no niega el hecho que el juicio Ha sido entregado al Hijo (Jn.5:22) y que Él es el juez justo que dará las recompensas en el día final (Mat.25:31; Hech.17:31; 2 Cor.5:10; 2 Tim.4:1).

Dios es el juez que establece las cosas correctas. Abraham ruega por los moradores justos de Sodoma, “El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?” (Gén.18:25). El favoritismo, el soborno y otras corrupciones que estropean la justicia humana Él no conoce. Sus juicios son una reprensión para los que

juzgan injustamente (Sal.82:1 y siguientes). Aunque es abundante en misericordia y bondad amorosa, de ninguna manera esto significa que librará al culpable (Exo.34:6-7). Él es un juez con equidad (Sal.96:10; 98:9). Él juzga en cada crisis de la historia, pero Él también juzgará en el gran día final que marcará el fin de la historia.

Aquí está el juez ante quien no habrá secretos. “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb.4:13). Aun Él conoce los pensamientos de los hombres (1 Cor.3:20). Él juzga los secretos de los hombres (Rom.2:16).

Las limitaciones en estas diversas formas de hablar de Dios son limitaciones en el hombre y no defectos en las imágenes mismas. La comunicación en imágenes es similar a la visualización de la televisión. La calidad de la señal enviada es significativa, pero si el equipo receptor es defectuoso, la mejor señal no puede llegar con claridad. Lo que recibes de las imágenes Bíblicas de Dios depende en gran medida de su propia personalidad y condicionamiento.

Me resulta aleccionador recordar que el concepto que mis hijos tienen de Dios solo puede ser transmitido través de su imagen que ellos tienen de mí. ¡Qué gran responsabilidad es colocada sobre mí como un padre!

La persona desafortunada cuya relación con su marido o padre deja mucho que desear no va a recibir la misma señal de estas imágenes que hemos estado hablando que otros adorar de un padre o un marido. Sin embargo, incluso aquí quizás no haya un olvido total de lo que idealmente deberían y podrían ser estas relaciones. Hasta cierto punto, las imágenes pueden comunicarse, y nunca habrá una generación para la que estas imágenes no tengan algún significado.

LOS RAZGOS DE DIOS

Al contemplar a Dios en estas y otras posibles formas, hay un número ilimitado de aspectos de Su naturaleza que pudieran venir a nuestra atención. Dios es espíritu (Jn.4:24); Dios es luz (1 Jn.1:5); Dios es amor (1 Jn.4:8). En un solo pasaje del libro de Éxodo (Ex.34:6-7) se presentan ocho atributos de Dios. Somos constantemente recordados que nada puede resistirse de Su poder (Mar.10:27; Luc.3:8; Hech.5:39; 2 Tim.2:9). Pudiéramos fácilmente pasar nuestro tiempo estudiando sobre la Omnipotencia, Omnisciencia, o sobre Su Omnipresencia. Pero todos sabemos que Él tiene todo el poder, que Él conoce todo, y que Él está presente en cualquier lugar. He elegido estos cinco atributos para la consideración.

EL CELO DE DIOS

“No tendrás dioses ajenos delante de mí” (Ex. 20:3) suena en nuestros oídos desde los Diez Mandamientos. “Porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso” (Ex.20:5; cf. Jos.24:19). Jehová nunca estuvo dispuesto a aceptar una lealtad dividida. Él rechaza ser parte de un panteón. No tiene esposa ni hijos, características destacadas de otras divinidades del Cercano Oriente. A Israel se le acusa estrictamente de que no debe adorar a ningún otro dios (Ex.34:13-14). “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Isa.42:8). “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Deut.6:4). Cuando ocurren violaciones de lealtad, el celo de Dios irrumpe para castigar a los ofensores (Ex.34:12-16; Deut.4:23-24; 6:14-15; Jos.24:19-20).

El antiguo mundo fue tolerante. Los dioses fueron suplementos en lugar de alternativas. Pablo recordó a los Corintios, “sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios. Pues aunque haya algunos

que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra ... para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre... y un Señor Jesucristo" (1 Cor.8:4, 5, 6). Dios es uno (Stg.2:19).

¿Necesitamos que se nos recuerde que Quemos, Moloc, Baal, Arath y Asera (la personalización de las fuerzas) de los tiempos Bíblicos no tenían mayor tentación para la lealtad de Israel que el poder, la suerte, las casas más finas, la mejor comida, los fines de semana en el lago y el sexo ilícito para los miembros de la Iglesia moderna? Un Dios celoso demanda una elección: "escogeos hoy a quien servís" (Jos.24:15). Él demanda una total entrega - todo o nada "guardaos de los ídolos" (1 Jn.5:21).

LA SANTIDAD DE DIOS

Dios en la liberación en el Mar Rojo se mostró así mismo ser "magnífico en santidad" (Ex.15:11). "No hay santo como Jehová" dijo Ana (1 Sam.2:2). Cuando Isaías vio la visión con el serafín exclamó: "Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos" él inmediatamente se impresionó con su propia indignidad (Isa.6). Su designación característica para Dios es "el Santo de Israel" (Isa.1:4; 5:19, etc.).

La santidad de Dios transmite la idea que Dios es diferente de los hombres. Isaías lo expresó, "Y los egipcios hombres son, y no Dios" (Isa.31:3). Dios "no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta" (Núm.23:19). La santidad de Dios nos recuerda que "mis pensamientos no son vuestros pensamientos" (Isa.55:8). Sin embargo, la santidad de Dios no debiera ser magnificada hasta el punto de volverlo inaccesible a los corazones contritos. Él habita en el cielo, pero también mora en los corazones de los hombres que son humildes y contritos (Isa.57:15). Por lo tanto, debemos "buscad a Jehová mientras puede ser llamado" (Isa.55:6).

La visión de Isaías del Dios Santo transmitió una impresión de lo maravilloso de la presencia de Dios y del abismo que existe entre Él y el hombre en su pecaminosidad. El significado básico de la idea de la santidad de Dios es su demanda para que los hombres sean santos también. "Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios" (Lev.19:2; cf.1 Ped.1:16). Es este último tema que es particularmente expuesto en el libro de Levítico.

LA JUSTICIA DE DIOS

Cuando Abraham intercedió por Sodoma, su ruego fue, "El juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gén.18:25). A lo largo del Antiguo Testamento es proclamado que Jehová es justo. Ni siquiera en el libro de Job, donde sus caminos no son comprensibles, se le considera injusto. Él revela al hombre lo que es correcto. Él cumple las demandas de Su relación con Su pueblo - particularmente Él cumple el pacto que hizo con ellos. Él juzga con justicia (Sal.9:4, 8; Isa.5:16; Jer.11:20). Él ayuda a los que se les ha quitado el derecho de recuperarla. Israel constantemente apela a la justicia de Dios para la liberación de sus aflicciones (Sal.31:11) y de sus enemigos (Sal.5:8). Él mantiene la causa de afligido y del necesitado (Sal.140:12).

En muchas religiones se piensa que los dioses están exentos del código moral al que está sujeto el hombre. Por ejemplo, en el pensamiento Griego y Romano, los dioses hacen cosas que serían condenadas en los hombres. Pero en el Antiguo Testamento Dios es un ser moral y en la revelación de si mismo la ley moral es exhibida. El hombre debe reflejar el carácter que Dios es percibido tener. Lo que Dios es, los que lo adoran deben llegar a serlo. El derecho último del hombre se basa en la voluntad de Dios. La justicia de Dios exige la justicia del hombre.

LA BONDAD DE DIOS

Los escritores bíblicos nunca se cansan de recordarles a sus lectores que Dios es bueno. Jesús dijo al joven rico, “Ninguno hay bueno, sino sólo Dios” (Mar.10:8). El Salmista, al describir su fe y las pruebas que le sobrevinieron dijo, “Hubiera yo desmayado, si no creyese que veré la bondad de Jehová En la tierra de los vivientes” (Sal.27:13).

La bondad de Dios se manifiesta en su generosa provisión para las criaturas de su mundo. El Salmista nos recuerda que es Dios quien da alimento a los animales (Sal.104). Él alimenta a los pájaros del aire y viste a la hierba del campo (Mat.6:26 y siguientes). La generosidad es derramada sobre los hombres sin tener en cuenta su mérito o su actitud hacia Dios. Él envía la lluvia sobre el justo y el injusto (Mat.5:45). El hombre en su prodigalidad bombardea las ciudades y quema la tierra y provoca que millones padezcan de hambre. Pero de la abundancia de Dios la tierra vuelve a producir alimento de nuevo. Las ciudades vuelven a levantarse y en pocos años las cicatrices causadas por la inhumanidad del hombre han desaparecido.

La bondad de Dios es expresada en términos de Su bondad amorosa (*hesed*) (Neh.9:17, 31; Sal.63:3; 103:8; 106:1; Joel 2:13; Jonás 4:2), especialmente en Su obra beneficiante hacia el débil y el desamparado. La palabra Hebrea *Hesed* se acerca a la idea de la Gracia en el Nuevo Testamento. A Dios se apela continuamente debido a ello (Gén.24:12; 2 Sam.2:6; 1 Rey.3:6-9; Sal.51:1). Su amor no es caprichoso sino firme. Él puede ser confiado aun cuando Su voluntad sea difícil de entender. “Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia, Y su verdad por todas las generaciones” (Sal.100:5).

La bondad de Dios es expresada en su paciencia hacia los hombres descarriados. Él

es lento para la ira y abundante en perdonar (Ex.34:6-7). Él es Dios y no hombre como para abandonar a Efraín (Ose.11:8). La madre puede olvidar a su hijo – pero Dios no olvidará a Israel (Isa.49:15). En la Biblia somos siempre confrontados con la intensa ira de Dios hacia el pecado y su gran misericordia hacia el pecador. Su promesa es, “porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jer.31:34). Su paciencia fue manifestada hacia una generación cuyo “pensamiento era de continuo solamente el mal” (Gén.6:5) por 120 años mientras el arca estaba siendo preparada. Podemos preguntarnos ante la maldad de nuestra generación, “¿Por qué Dios no destruye al mundo pecador?” La respuesta es “Porque Él esta dando una oportunidad a los hombres de arrepentirse”. Él no desea la muerte del pecador; Él desea que nadie perezca, sino que vengan al arrepentimiento (2 Ped.3:9).

La manifestación suprema de la bondad de Dios está en Su obra por la salvación del mundo. Su don de la ley y los profetas culminó en el don de Su Hijo. “Mas Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom.5:8).

La bondad de Dios es además vista en la obra de Su divina providencia. Él es un Dios que observa a los pajarillos caer, quien conoce el número de nuestros cabellos sobre nuestras cabezas (Mat.10:30 y siguientes) y quien hace que todas las cosas obren para el bien de los que le aman (Rom.8:28). La doctrina de la providencia no es leche para el recién convertido, pertenece a la comida fuerte para el maduro. Los hombres generalmente apelan a la providencia o a Dios para explicar las experiencias de la vida ya sean placenteras o que resultan con un fin deseable identificable. Las experiencias de grandes sufrimientos o de otro mal aparentemente absoluto nos desconciertan y nos dejan en silencio. Rara

vez, si es que alguna vez, he escuchado a un hombre explicar una gran desgracia en su vida como un acto de providencia, a menos que el resultado sea finalmente agradable. Nuestro concepto de providencia, entonces, nos hace suponer que no vamos a encontrar grandes males y cuando en el curso de los acontecimientos, estos se encuentran, nos preguntamos entonces cómo hemos fallado. La paz mental y la paz del alma son las metas por la que muchos Cristianos sirven a Dios. ¿Pero son estas razones adecuadas?

El concepto de providencia que no toma en consideración la realidad de los hijos cuya madre muere y los deja en la orfandad; de los hogares donde la madre y el padre han perdido sus facultades mentales; de los hombres impíos que se levantan como los gobiernos y sumergen al mundo en guerras; de hombres incompetentes o malos que obtienen el control de las congregaciones o de las instituciones y limitan grandemente el servicio que ellos pueden dar por una generación o más; de personas justas que sufren severamente – no es un concepto de providencia que merezca la consideración de las personas instruidas. La Biblia no enseña que todas las cosas suceden para bien en el sentido en que la gente con frivolidad supone que sucede. La Providencia no es solo de Joe, que oró y se salvó del peligro, sino también de Johnny, que oró y, sin embargo, le volaron la cabeza. Es una cuestión más complicada de lo que solemos admitir.

Pablo fue llamado de modo que el Señor le pudiera mostrar cuantas cosas él habría de sufrir por causa de Su nombre (Hech.9:16). Fue su convencimiento que ninguna dificultad podría separarlo del amor de Cristo – no que el amor de Cristo lo mantendría alejado de cualquier dificultad. La tarea del buen soldado es soportar las dificultades e incluso sacrificarse en nombre del bien mayor que espera lograr. ¿Esperarán los soldados de

Cristo ganar la corona imperecedera pasando todo su tiempo en la comodidad y seguridad de los cuarteles?

La divina providencia es una promesa que debe creerse en lugar de un hecho que debe demostrarse. Reconocerla es una mirada hacia atrás más que algo para ver en una situación existencial. ¿Te imaginas a José aplaudiendo en la cisterna donde lo pusieron sus hermanos o en la cárcel donde Potifar lo arrojó y gritando “¿Todas las cosas trabajan para bien? Pero finalmente mirando hacia atrás todo lo que pudo decir, “Dios dirigió todo para el bien” (Gén.45:5-8). Job no pudo explicar la situación en la que se encontraba. Los caminos de Dios no están abiertos a la vana especulación del hombre. Sus promesas deben ser creídas.

LA IRA DE DIOS

La ira de Dios no es un arrebato irracional de ira ni es la colera de una deidad ofendida que debe ser apaciguada por los sacrificios, es una reacción temporal provocada por la violación de Su voluntad. “Por un momento será su ira, Pero su favor dura toda la vida” (Sal.30:5; Isa.54:7-8). A pesar de la beneficencia de Dios que hemos enfatizado, existe todavía el hecho que Su ira es aludida al menos 585 veces en el Antiguo Testamento. “Porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb.12:29). Moisés habló a Israel en el episodio de la creación del becerro dorado “Porque temí a causa del furor y de la ira con que Jehová estaba enojado contra vosotros para destruirlos” (Deut.9:19).

En cada etapa de la historia puede ser vista en operación. “Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios” (Rom.11:22). El Dios que preparó el Jardín de Edén, expulsó a Adán y Eva de ahí cuando pecaron (Gén.3:24). Aunque Él había creado una tierra donde todo “era muy bueno” Él la destruyó con un diluvio cuando los hombres se convirtieron

universalmente impíos. Aunque Él liberó a Israel de la esclavitud Egipcia, Él más tarde los condenó a cuarenta años divagando en el desierto durante los cuales muchos de ellos murieron en el desierto por su incredulidad. Expulsó a los Cananitas delante de Israel por su impiedad; pero también colocó a Israel la bendición y la maldición ante ellos (Deut.11:26), y finalmente llevó a Israel y a Judá al exilio.

La secuencia de profetas proclama un día de ira – un día del Señor – contra todo lo que es soberbio y altivo (Isa.2:12 y siguientes). Un día de oscuridad y lamentos (Amós 5:18; Sof.1:15 y siguientes), es el día de la ira de Dios (Sof.2:3). En general es un día dentro de la historia. Este día vino sobre ciudades y naciones cuando se encontraron con su perdición.

Un error muy extendido (tan antiguo como Marción en el Segundo siglo) supone que el Antiguo Testamento proclama un Dios de ira mientras que el Nuevo Testamento proclama un Dios de amor. Tal concepto es ignorar completamente la evidencia. La ira de Dios permanece sobre el que no obedece al Hijo (Jn.3:36). Es revelada contra toda impiedad (Rom.1:18). Viene sobre los hijos de desobediencia (Efe.5:6; Col.3:6). El pecador presume de la bondad de Dios y almacena ira para sí mismo en el día de la ira (Rom.2:5). El fiel Cristiano no está puesto para la ira de Dios (1 Tes.5:9). Esta para ser salvo de la ira por la vida de Jesús (Rom.5:9-10), él será liberado de la ira venidera (1 Tes.1:10). El Señor será manifestado en llama de fuego para dar retribución a los que no conocen a Dios (2 Tes.1:7-8).

Aunque la manifestación de la ira de Dios frecuentemente ha sido disciplinaria, de modo que el profeta puede decir, “En la ira acuérdate de la misericordia” (Hab.3:2), el fin de la ira venidera es la separación eterna de la

presencia de Dios y de Sus ángeles (2 Tes.1:9). Hay un límite para la misericordia de Dios. Su ira lanza al lago de fuego al diablo, sus ángeles y a todos los que aman y hacen mentira (Apoc.20:10; 14-15). Solamente por el destierro final del pecado puede surgir un Cielo Nuevo y una Tierra Nueva donde mora la justicia (2 Ped.3:13).

Si parece haber un conflicto desesperado entre la bondad y la severidad de Dios, uno podría recordar la distinción hecha en el Antiguo Testamento entre una “transgresión” y “pecar con mano alzada” o en el Nuevo Testamento las frases entre “Si alguno es sorprendido en una falta” (Gál.6:1) y “Si pecamos voluntariamente, no queda más sacrificio por el pecado” (Heb.10:26). Es decisión del hombre qué aspecto de Dios experimenta. El mensaje de la Biblia es: “Convertíos, convertíos, ¿por qué moriréis?” (Ezeq.18:23, 30).

RESPUESTAS A LOS ATRIBUTOS DE DIOS

La contemplación de los atributos de Dios no es única ente una especulación teológica ociosa y distante. Tiene el contenido práctico de llevar a los hombres a conocer al Señor. “porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová” (Jer.31:34). Es la meta establecida en el Nuevo Pacto. Dios no es conocido por las abstracciones filosóficas sino por un conocimiento de Su palabra y al cumplir con Su voluntad. Conocer a Dios es estar en una correcta relación con Él. Malaquías nos recuerda que cualquiera que sea la imagen que tengas de Dios, esta demanda una respuesta:

“El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra? Y si soy señor, ¿dónde está mi temor?” (Mal.1:6).

El primer y más grande mandamiento es que usted ame al Señor con todo su corazón, alma, fortaleza y mente (Mat.22:37; cf. Deut.10:12 y siguientes). Este amor no es sentimiento blando porque Jesús dijo, “El que me ama, mi palabra guardará” (Jn.14:20, 23). “El que guarda sus mandamientos, permanece en Dios” (1 Jn.3:24; cf. 2:4).

Una complementaria pero opuesta respuesta a Dios es el temor. “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Sal.111:10). “El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos” (Eccl.12:13). “Temor a Jehová” es un sinónimo en el Antiguo Testamento para la adoración y algunas veces para la religión verdadera. Es un acercamiento adecuado al Creador de uno en lugar de arrastrarse con miedo ante una deidad impredecible. La imagen de rey de la que hemos hablado nos recuerda de la necesidad de la reverencia correcta en la presencia continua del rey. Pero la ira de Dios también provoca nuestro temor. En la presencia de Dios, Moisés temió (Deut.9:19), “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb.10:31).

La enseñanza Bíblica sobre Dios apela a nuestras dos más grandes emociones – el amor y el temor. El amor es la más grande de estas emociones. Preferiría que mis hijos y mi esposa se relacionen conmigo con amor y no con miedo. El hombre que sirve por miedo sólo prestará un servicio mínimo. Cuando se alcanza el límite del miedo, la motivación cesa. Pero ninguna ley puede demandar el grado de servicio que un padre entrega a su familia cuando el verdaderamente los ama. Dios ha apelado a nuestro amor por medio de Su misericordia y Su bondad. Es la bondad de Dios que nos conduce al arrepentimiento. Pero los que desprecian Su bondad permanecen en Su ira sobre cada alma del hombre – Ya sean Judíos o Griegos. Un servicio por medio del

temor es preferible a ningún servicio en lo absoluto.

CONCLUSIÓN

Una meditación sobre los atributos de Dios nos recuerda que nuestra esperanza no se basa en nuestros propios méritos, sino en la misericordia de Dios. A la luz de Su santidad y ante la perspectiva de Su ira, vemos reflejada nuestra necesidad. Si Él tuvo misericordia por el principal de los pecadores, quizás Él también tendrá misericordia por un pecador como yo, porque Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores (1 Tim.1:15-16).

Al mismo tiempo que estamos completamente asombrados por la santidad de Dios y con temor ante la perspectiva de Su inminente ira, me parece que todos deberíamos preguntar como lo hizo el Salmista:

“¿Qué pagaré a Jehová Por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré la copa de la salvación, E invocaré el nombre de Jehová. Ahora pagaré mis votos a Jehová Delante de todo su pueblo” (Sal.116:12-14).

- Fuente: **What the Bible Teaches**,
Lecturship Bible 1972.
Harding Graduate School of Religion
Memphis, Tennessee
Págs. 93-108.
Gospel Advocate Company,
Nashville, TN.